

MÁXIMO SOTO HALL, 1871-1

EL PROBLEMA

Qui amat periculum
in illo perebit.

Eclesiástico, Cap. 117
Vers. 27

SAN JOSÉ DE COSTA RICA
IMPRESA Y LIBRERIA ESPAÑOLA
Maria v. de Linares

1899

REPUBLICA
DE
COSTA RICA

EL PROBLEMA



Qui amat perfectum
in illo perit.

*Eclesiástico, Cap. III.
Vers. 27*

I

El gran vapor se deslizaba magestuoso por las dormidas aguas del Canal. A uno y otro margen, reflejando sus fachadas sobre la turbia linfa, quintas circundadas por altas verjas de hierro donde culebreaban, llovidas de flores, las tupidas madre selvas, dejando apenas ver, entre su verde tamiz, el blanco manchón de las escaleras de mármol que se iban estrechando al subir como una ola espumante; oficinas con sus amplias ventanas y sus piezas inundadas de luz; fábricas severas, claustrales, cortando el espacio con sus chimeneas altas, erguidas, que lanzaban constantemente sobre el

diáfano azul del cielo bocanadas de humo negro y pesado. Era toda una gran ciudad, alargada, extendida en las riberas de aquel río hecho á medias entre Dios y los hombres; una Venecia moderna, con una sola calle anchísima, limitada por dos grandes océanos.

El doctor Escalante, reclinado de bruces sobre el barandal del buque, miraba como absorto tanta grandeza. Aquello parecía un trabajo de magia. Era el producto de una raza joven y fuerte. Aquellos hombres que se veían desde el vapor, con biceps de atleta, rostro encendido por una sangre poderosa, ágiles, ligeros, eran los que habían, en poco tiempo, realizado tales prodigios.

Veinticinco años habían transcurrido desde que pasó por vez primera el canal, apenas en construcción, cuando su padre, eterno enemigo de aquella raza subyugadora, pero curioso de sus adelantos, quiso al llevarlo á Europa, aprovechar la ocasión para ver aquella obra colosal en sus principios. Cómo había cambiado todo des-

de entonces. En aquel tiempo no cruzaban el río sino embarcaciones pequeñas y lo bordeaban viejos árboles, testigos mudos de los heroísmos y de las crueldades de la conquista que ya los encontró viejos y gigantes; árboles que juntando amorosos sus ramas tendidas de ribera á ribera, formaban una bóveda de espléndida verdura, atravesada por uno que otro rayo de sol que iba á dibujar con su pincel de oro raros caprichos sobre el cristal movable de las aguas. Allí, sobre esa bóveda, anidaban centenares de pájaros que desde el alba hasta el arribo de la noche cantaban acompañados por el susurro de la fronda y los murmullos del río. Todo había desaparecido, todo se había transformado. En aquella selva, al poner su mano la civilización, borró el esplendor de la virgen naturaleza.

El doctor Escalante, sentía su alma agobiada de cruel desazón. Cinco años tenía cuando hizo el primer viaje y sus recuerdos eran vivos y palpitan-tes, como lo son siempre los de aquellos actos que impresionaron fuertemente

nuestro infantil cerebro, y que ni el tiempo, ni las emociones más cercanas, logran siquiera empalidecer. El cambio de panorama, era como un robo á las reliquias de sus recuerdos.

El vapor seguía avanzando lentamente. Lanzó el silbato de la máquina tres aflautados toques y se sintió en toda la embarcación el movimiento que precede á la llegada de un puerto. La ciudad lineal iba desparramándose hacia la ribera izquierda; ya se veían calles de arena, vehículos de ruedas, un movimiento más desordenado y más activo. Era la hora del crepúsculo. Un sol tropical que en su agonia ensangrentaba el ocaso hasta querer escalar con su púrpura el cenit, derramaba sus rayos tibios sobre los edificios, se retorcían éstos entre las cuerdas y los mastiles de infinitas embarcaciones ó rodando sobre el líquido elemento lo matizaban de oro y púrpura.

Las frases lacónicas de la lengua inglesa repercutiendo por uno y otro lado, parecían chispas encargadas de encender la actividad y el movimien-

to en todas partes. ¡Que agitación, que bullicio! Iban y venían los pasajeros de todas clases; rodaban sobre la cubierta baules, maletas, lios y cajas; salían á relucir los sombreros y los abrigos más raros, los objetos que reclamaba la ocasión y que había hecho innecesarios la vida íntima de abordo. Algunos pasajeros alargaban las cabezas en busca de personas que debían esperarlos en la orilla; otros sonriendo, hacían señas con las manos y con los pañuelos. Una señora muy gorda y muy encarnada entabló conversación, á grandes voces, con una joven que desde el muelle le mandaba besos con las puntas de los dedos. Los más se preparan á salir de aquella prisión que los había albergado por más de nueve días.

Sólo el doctor Escalante, clavado sobre el barandal, permanecía inmóvil en medio de aquella balumba. El vapor atracó, al fin, y los pasajeros, como presa á la cual se levanta el dique, se precipitaron por el puente, apenas tendido, sin consideraciones ni cortesías, tratando únicamente de salir

cada cual el primero, de aquella avalancha humana.

Hasta entonces, cuando se vió completamente solo, comprendió el doctor que era llegada la hora de salir. Cargó el mismo con su maleta y saltó á tierra. No se oía hablar más que inglés. En vano él, con atento oído, trataba de percibir alguna palabra española ó francesa. Varios individuos se le acercaron y aun pretendieron arrebatarle la maleta de las manos; pero como no podía entenderse con ellos para explicarles lo que deseaba, permaneció inmóvil, viendo á una y otra parte con la curiosidad del hombre que buscara en aquel sitio algo que debía encontrar en él.

Una suave palidez y una grata sonrisa cambiaron momentáneamente su rostro; dejó caer la maleta y se echó en brazos de un hombre alto, robusto, viejo ya, y que abrazándole fuertemente, no se cansaba de llamarle: «hijo mío.»

—Que tal viaje? preguntó cuando se hubieron desenlazado.

—Magnífico—contestó el joven—

me ha molestado únicamente no conocer el idioma y creo que esta dificultad me seguirá molestando; veo que aquí ya no se habla más que inglés.

El padre apenas oyó estas últimas palabras. Dirigiéndose á un granuja de agujereado sombrero de fieltro que dejaba ver por sus aberturas algunos mechones de cabello rubio, le ordenó en inglés que tomase la maleta y los siguiera. Después, dirigiéndose á su hijo agregó:

—Vamos, el *City of Burica* nos espera, saldrá hasta las diez, pero de todos modos estaremos mejor allí, vamos.

Y comenzaron á caminar por aquella población, improvisada, en el ángulo que formado por el río San Carlos y el gran canal de Nicaragua. Como las sombras de la noche iban en aumento, los escaparates de los almacenes comenzaban á encender sus luces y los focos eléctricos de la calle iban brotando como diamantes uno á uno. Aquella ciudad-estación era, sin duda, de un gran comercio y una inmensa actividad.

Padre é hijo hablaron durante el trayecto de asuntos de familia y nada más. La mamá estaba muy bien, pero no había querido llegar hasta New Charleston, por quedarse arreglando las cosas de la casa.

—Tu sabes como son nuestras mujeres—decía don Teodoro—un viaje es para ellas problema difícil. Nuestra raza es así. En todo halla dificultades, todo le infunde miedo. Pero me gusta, me gusta que así sea. Odio á estas marimachos de americanas.—Emma, la hija de mi hermano, está pasando una temporada con nosotros, mientras su padre arregla un negocio en Honduras. Su hermano Santiago, redacta el periódico que fundó su padre, aquel periódico que tu recordarás, «La Nación»; hoy ha cambiado totalmente. Se llama «The Star» y está escrito en inglés. No podía acabar de otro modo. Tomás ha sido siempre una cabeza destornillada; americanista incorregible. Yo no te he mandado el periódico, ni te he hablado de eso por evitarte disgustos. He tenido yo tantos por esos motivos. Mira un aviso de mi

fábrica,—exclamó interrumpiéndose para señalar hacia el frente.

Habían llegado á la orilla del San Carlos y sobre la vela de un bote que subía el río, á la luz débil de dos faroles, se alcanzaba á leer:

«Saint Carlos Chocolate the best in the world.»

Julio hizo un gesto que su padre no advirtió y dijo con desgano—Ah! sí.

Eran las diez, cuando el *City of Burica*, comenzó á remontar el río acariciado por una tenue brisa que hacia la noche fresca y deliciosa. En aquel río había logrado, en parte, la naturaleza sobrevivir al cambio general. De trecho en trecho, separando agrupaciones de casas, se veían árboles corpulentos alzar sus ramas tristes y lánguidas, como si temieran provocar el enojo de la raza terrible, que podía de un soplo hacerlos desaparecer, con la misma facilidad que el huracán desgaja un arbusto.

Había pasado ya, para el padre y el hijo ese momento de vértigo que sigue al encuentro de dos personas que se

aman y tornan á verse, después de una prolongada ausencia. Agotadas las intimidades, los recuerdos, las preguntas, las frases coincidentes, estaban en esa hora desagradable en que es preciso hacer un esfuerzo para ocuparse de la realidad áspera de la vida, de asuntos indiferentes ó secundarios, dolorosos muchas veces.

—Esto ya es completamente americano, dijo Julio.—Y qué transformación tan rápida; me parece un sueño.

—Si, es asombrosa ciertamente—repuso el padre.—Lo veo y apenas puedo creerlo. Hace treinta años, me acuerdo bien, era á raíz de la guerra hispano-americana, cuando Tomás me dijo una tarde después de comer; Teodoro, nosotros, vamos á ser americanos.

Lo miré asombrado, sin aceptar á comprender si hablaba en serio ó gastaba una broma.

El, imperturbable, agregó:

—Sí, seremos americanos. Esa gran nación ha vivido ignorante de su grandeza; su amor á la libertad y su afán de progreso, no la habían dejado comprender que sus músculos de gigante,

se hallan oprimidos en el territorio que ocupa. Hoy tratará de ensancharse y nosotros tendremos que darle espacio, no hay más remedio.

No pude contenerme al oírle.

—Eres un mal patriota le dije, un hombre sin corazón, sin sangre. ¿Crees que nosotros lo permitiríamos?

—No habrá manera de evitarlo, me contestó, con su calma de siempre. Unos cuantos, la mayoría comprenderá que lo mejor es prepararse con tiempo para encajar en el modo de ser de esa raza. Adoptará sus costumbres, tratará de imitar sus virtudes, seguirá sus vicios quizá. Esos entienden la cosa y serán felices. Yo seré de ellos. Los otros, los que quieran resistir, serán muy pocos para oponerse por la fuerza y sobre todo, cuando quieran sacudirse ya estarán viciados por el medio ambiente y serán también arrollados por el vendaval. Ni uno solo quedará en pie.

—Qué soberbia profecía.—exclamó Julio—tristemente.

—Soberbia; pero mi hermano exageraba. No quedará uno, dijo. y quedo

yo; yo, que sigo odiando á los intrusos como el primer día, que sigo resistiendo como entonces.

Julio no apartaba los ojos de su padre que hablaba lleno de convicción y de firmeza. El joven comenzaba á comprender que su padre vivía engañado. Aquel odio no residía más que en los labios, aquella resistencia se había condensado en las fórmulas. Su padre era también una víctima.

Don Teodoro agregó:

—Mi hermano también cumplió su programa. Al siguiente día de aquel en que hizo la profecía, publicó un editorial en «La Nación», concebido en los mismos términos, sin importarle la grito del público, ni los ultrajes de los demás periódicos. Se perfeccionó en el inglés, que ya conocía, y finalmente se casó con una norteamericana. Sus hijos son sajones, completamente sajones. Sobre todo Santiago. Emma, tiene sus ribetes de latina. Ya lo verás..... Y ahora á dormir, sabes que es tarde. La una, vamos, y yo despierto. —La jaqueca mañana. No cabe duda, nuestra raza es débil; yo sin embargo la prefiero así.